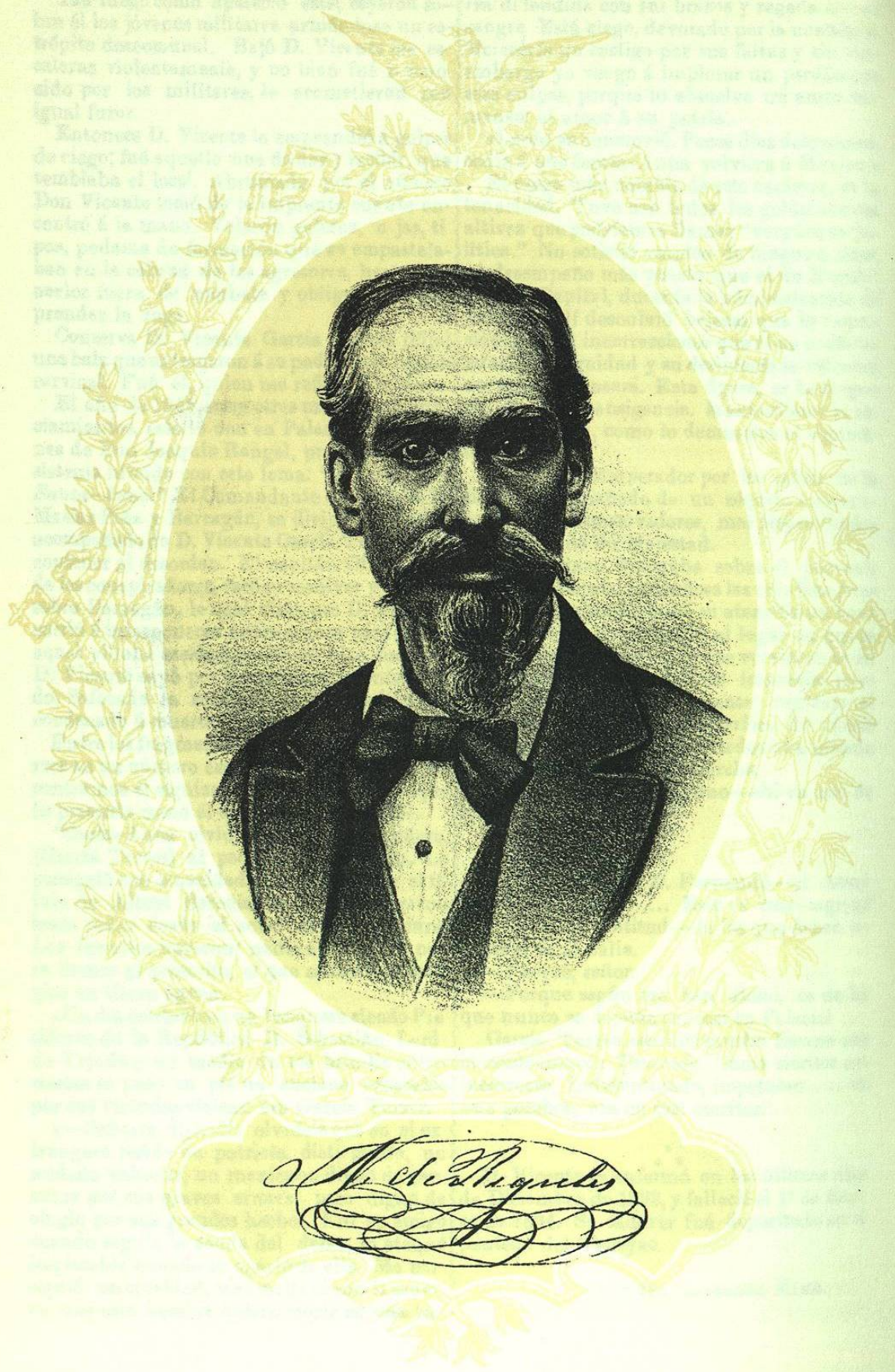


"Liberales Ilustres Mexicanos."



GENERAL NICOLAS DE RÉGULES.

1826-1895

**N**ACIO este ameritado general y eminente patriota, en Quintavilla Sopeña, provincia de Burgos, España, el 21 de Agosto de 1826, siendo sus padres Don Leonardo de Régules y Doña María Rita Cano. Hizo sus primeros estudios militares en Segobia y en Alcalá de Henares. Combatió después contra los carlistas, obteniendo, merced á sus servicios, los ascensos hasta llegar al empleo de capitán, y formó así mismo parte del Estado Mayor del General español Espartero.

Habiendo tenido Régules que emigrar de España por sus ideas liberales, pasó á la Habana, después á los Estados Unidos y en seguida á México á donde llegó el año de 1846.

Muy poco tiempo después de su arribo á nuestra patria estalló la guerra con los norteamericanos, y entonces Régules se presentó á prestar sus servicios militares, confirmando-sele su antiguo empleo de capitán. Durante esa memorable campaña se halló en las batallas de la Angostura, Padierna, Molino del Rey y Chapultepec, y concluida aquella siguió sirviendo en el ejército nacional, hasta que subió otra vez al poder el General Sin-ta-Anna.

Cuando estalló la revolución de Ayutla contra la tiranía de este gobernante, Régules marchó á Michoacán á incorporarse á las fuerzas del General Epitacio Huerta, á cuyas órdenes se batió mucho y bien, distinguiéndose siempre. En la célebre guerra de los tres años fué uno de los jefes más prominentes del contingente que prestó para ella el Estado de Michoacán, al grado de que en la batalla de Silao, una de las más brillantes de aquella época, tuvo una intervención decisiva en el triunfo, y por su comportamiento le otorgó el General Gonzalez Ortega el empleo de General de Brigada efectivo.

Hombre de ideas liberales, firmes é inquebrantables, siguió sirviendo al Gobierno Constitucional hasta que se presentaron en las aguas de Veracruz los ejércitos de las tres naciones aliadas contra México: Inglaterra, Francia y España. Entonces, no permitiendo su lealtad pelear contra su patria y sus hermanos, pidió y obtuvo su retiro del Sr. Juárez, quien estimando debidamente el acto tan meritorio, le concedió aquel inmediatamente apreciando en su justo valor los motivos del proceder de tan eminente republicano; pero luego que por los célebres tratados de la Soledad, se retiraron España é Inglaterra de la Intervención y dejaron sola á Francia á que llevara más tarde su merecido, volvió espontáneamente Régules al servicio con verdadero ahinco, y la decisión de derramar su sangre en defensa de su patria adoptiva.

Y aquí llega la época culminante de los grandes, desinteresados y heroicos servicios del Sr. Régules; ni un día dejó de pelear en el Estado de Michoacán, y durante el transcurso de algunos años pocas veces victorioso en muchas derrotado, ni un momento desmayó en su empeño, y se crecía con los detalles, siguiendo así el inolvidable ejemplo del patriota General Degollado.

El ejército del Centro estuvo en verdad sujeto á crudas pruebas durante esa tremenda época. Sosteniendo el sagrado fuego de la Independencia en el corazón mismo de la patria, formando la vanguardia, por decirlo así, muy cerca del enemigo invasor y los imperialistas, presentando por otra parte el único cuerpo respetable de tropas organizadas, á él de preferencia se dirigieron desde un principio las miradas del gobierno usurpador, ya para batirlo y deshacerlo, ya para comprar á los principales jefes y así desorganizarlo por completo.

El Mariscal Bazaine con ese objeto había escrito oportunamente una larga y muy estudiada carta al General José López Uruga en jefe del ejército ya citado del Centro, en la cual alhagaba la vanidad de éste, y le ofrecía encumbrados puestos en la llamada Corte de Maximiliano. La tentativa surtió su efecto respecto de Uruga, y la defección del referido

General republicano desconcertó por un momento á los patriotas que tenía á sus órdenes; sin embargo, la fé inquebrantable y la firmeza de principios del mártir General Arteaga, pudo al fin definir situación tan comprometida, y sin lograr la disolución buscada por el comandante en jefe del ejército invasor, siguió el ejército del Centro algo merma- do, pero siempre entusiasta y digno, al mando del citado General Arteaga.

Acababa de expedirse el famoso decreto de 3 de Octubre de 1865, cuando en el punto llamado Santa Ana Amatlán fué derrotado este General, y hecho prisionero él y los patriotas Salazar, Diaz Paracho y Villa Gómez, quienes después fueron fusilados, siendo las primeras víctimas del célebre decreto citado.

Después de tan triste acontecimiento, quedó al frente del combatido ejército del Centro el Sr. General Nicolás de Régules, quien continuó con extraordinaria energía la campaña, hasta que incorporado al ejército de Occidente que mandaba el General Ramón Corona y después del asalto y toma de Zamora, concu- rrió al célebre sitio de Querétaro, teniendo sus fuerzas en los ejércitos ya reunidos, la categoría de División de Michoacán.

Después del triunfo de la República y de haber licenciado el Sr. Juárez la mayor parte de los soldados voluntarios que habían combatido por la independencia de México, se reorganizó el ejército formándose cinco divisiones: la del Norte, al mando del Sr. General Escobedo con su cuartel general en San Luis Potosí; la de Occidente, al mando del Sr. General Corona con su cuartel general en Guadalajara; la de Oriente, al mando del Sr. General Porfirio Diaz con su cuartel general en Tehuacán; la del Sur, al mando del Benemérito General Juan Alvarez, y la del Centro con su cuartel general en México, al mando del Sr. General Nicolás de Régules.

Ocupó todavía nuestro biografiado algunos puestos militares de importancia, tales como la vicepresidencia de la Suprema Corte de Justicia Militar, durante la Presidencia del General Manuel Gonzalez, y después vivió retirado hasta su muerte, sin haber tenido nunca ni una defección ni un pronunciamiento.

Como hombre privado era un modelo de moralidad, de ternura y de acendrado afecto para su heroica mujer y para sus hijos; quería tanto á esa memorable tierra de Michoacán, teatro de sus penalidades y de sus triunfos, que si se le deseaba ver contento y entusiasmado no había más que recordarle los sucesos provinciales, siendo seguro que se soltaba cantándolos, con especialidad la popular

cancion del *Capire*, una de cuyas estrofas dice:

Ya el *capire* se secó  
teniendo el agua en el pie  
así se seca mi amor  
cuando con otro te vé.

Muerta su esposa se impresionó tan profundamente que desde entonces podía pronosticarse que no le sobreviviría muchos años, y si bien todavía vivió algunos más, fué ya sin volver á gozar de esos días de bienestar y de felicidad que tuvo al lado de la tierna compañera de su vida, después que concluyó los azahares de una penosísima campaña, descansando á su lado de tantas fatigas, y de tantos sufrimientos.

Su época de soldado y de patriota está llena de hechos extraordinarios, uno de ellos, sobre todo, que no tiene superior en los anales de los rasgos heroicos en toda la historia.

Era el 11 de Abril de 1865. La plaza de Tacámbaro se hallaba en poder de fuerzas belgas é imperialistas bien armadas, equipadas y municionadas; se presentó Régules frente á la dicha plaza con soldados harapientos y mal armados, pero llenos de entusiasmo, y quizá recordando el triste aniversario de la hecatombe de Tacubaya en 1859, sin contar el número ni tener en cuenta la calidad de los enemigos, se decide á dar el asalto, cuando según la versión del poeta Juan de Dios Peza, se presenta un hombre que venía de la plaza á todo escape, advirtiéndole á Régules que en una trinchera situada á la entrada de la ciudad y que se veía desde donde estaba el jefe republicano, habían colocado los belgas á la heroína su esposa con todos los hijos del General, para que si éste se atrevía á atacar, las primeras víctimas fuesen los pedazos de su corazón. Duda Régules un momento, y después con voz resuelta y tranquila, grita á sus soldados:

—¡Fuego! ¡Primero es la Patria!

Lánzase en seguida como un león sobre el enemigo y conquista después de encarnizada pelea la población y la inmortalidad.

Según otra versión del mismo épico hecho que, como dijimos, no tiene superior y quizá ni igual en la historia, al ir á atacar Régules la trinchera ya mencionada y á una distancia relativamente corta de ella, percibe el héroe republicano sobre el parapeto á su esposa é hijos, alguno de ellos en la lactancia; vacila un momento, cuando escucha la armoniosa y tranquila voz de la señora Solórzano de Régules quien le grita desde el lugar del peligro con un acento sobrehumano, con el acento que solo puede dar un incommensura-

ble amor á la patria y una abnegación femenina sobrenatural:

—¡Nicolás, no vaciles!.....Tira!!

—Fuego!.....dice entonces con voz ronca el jefe republicano, y se lanza furioso al asalto seguido de los suyos.....

Por fortuna, salieron aquella gran mujer y sus tiernos niños, ilesos de tamaña prueba, que sirvió para que un hecho sin precedente quedara grabado de una manera perdurable en la Historia, en honra de México y para justo orgullo de la humanidad!

Muchas otras anécdotas de valor se refieren del General Régules, pero para no hacer largo este artículo biográfico, solo referiremos algunos de los más notables hechos del gran patriota.

El 19 de Junio de 1865 después de un rudo y tenaz ataque á la plaza de Uruápam, pensaba retirarse ya el General en jefe Arteaga en la imposibilidad de tomar la población, cuando Régules le suplicó que le concediera el mando en jefe de las fuerzas para intentar el tan difícil proyecto. Arteaga entonces, algo molesto, le dice:

—¿Y con qué me responde usted si no toma á Uruápam?

—Con nada, contestó Régules, porque habré muerto.

Le concede Arteaga el mando de las tropas y entonces Régules dictó sus disposiciones lanzando á las diez de la mañana sus columnas de ataque contra la plaza.

Una de esas columnas quedó encargada de tomar la Parroquia en la cual estaban fortificados los reaccionarios. La citada columna iba al mando del Teniente Coronel Montenegro á quien Régules dió el orden siguiente:

—Avance usted y no dispare la pieza de artillería que lleva, sino hasta que esté muy cerca de la puerta, y una vez que haya disparado nos metemos con la bala á la iglesia.

Las órdenes del General Régules fueron puntualmente cumplidas y él á su vez cumplió su palabra: ¡se habían metido con la bala!... Poco después estaba tomada la plaza de Uruápam y se había hecho prisionera á la guarnición.

En el ataque á la plaza de Zamora el 4 de Febrero de 1867, recorria Régules la línea con objeto de reconocer las fortificaciones enemigas, y al pasar con su Estado Mayor frente á una trinchera situada hacia el cami-

no de Morelia, dispararon de aquella una pieza de artillería á muy corta distancia de donde estaba nuestro biografiado con sus ayudantes. Entre estos se hallaba un coronel, quien al ver venir la bala se inclinó procuran- do cubrirse con su caballo; entonces Régules

se vuelve á él y con toda tranquilidad, aunque con cierto acento de reproche, le dice:

—Coronel, si se le cayó el pañuelo aquí traigo otro.

Vamos por último á referir otra hazaña del jefe republicano que aconteció en la misma población de Uruápam, teatro del rasgo que ya describimos más arriba.

Corrían los tiempos de la revolución de Ayutla; Régules que era entonces un subalterno todavía, estaba sirviendo en Michoacán á las órdenes del General Epitacio Huerta

cuando este jefe decidió apoderarse de la plaza después de un ataque que duró una noche y parte de un día, Huerta se retiró viendo la imposibilidad de lograr su objeto, pues la población había sido tenaz y afortunadamente defendida por el comandante santa-

anista Ochoa y dejó á Régules con el encargo de cubrir la retaguardia del grueso de las tropas al mando de quince hombres.

Los soldados de la guarnición de Uruápam estaban fortificados en la casa de altos del Sr. Don Luis Coria, y en los momentos en que Régules se encargaba de la orden de Huerta, abrieron aquellos las puertas de la referida casa creyendo pasado ya el peligro.

Entonces Régules llevado de súbita inspiración y sin vacilar un momento se lanzó á la puerta abierta, penetró á la casa con sus ginetes, subió ¡á caballo! las escaleras y comenzó á batir en los corredores y dentro de las piezas á los enemigos. Envió á la vez un violento aviso al General Huerta y éste entonces retrocedió á toda prisa y tomó al fin la codiciada plaza; en este ataque quedó muerto el jefe Ochoa á quien disparó á quemarropa un mudo que militaba en las filas de los pronunciados.....

Tal fué, á grandes rasgos, la noble figura que nos hemos propuesto bosquejar y cuya muerte sintió la República entera. Pocos días antes de morir Régules había visto con honda tristeza bajar al sepulcro á uno de sus hijos, una de aquellas criaturas que habían nacido al fragor de los combates, y que le traían sin cesar á la memoria sus pasados y gloriosos años. Al morir se abrieron para él las puertas de la inmortalidad y los honores oficiales que se le decretaron no fueron sino una débil deuda de gratitud por sus grandes é indisputables servicios.

El día 9 de Enero de 1895 desapareció de entre los vivos, á los sesenta y nueve años de edad, aquel gran patriota. Luego que la Secretaría de Guerra supo la muerte del ameritado general, dispuso que una compañía del 16º Batallón diera guardia de honor al

cadáver; se formó asimismo una División que

le rindiera los últimos honores, y los restos fueron acompañados á su última morada, al panteón del Tepeyac, por numerosa y selecta concurrencia.

Hubo en ella comisiones en representación del Congreso Federal, de la Suprema Corte de Justicia Militar, del Gobierno de Michoacán y de todos los cuerpos que estaban de guarnición en México.

En el panteón hicieron uso de la palabra los Sres. Licenciado José Portillo, Coronel Arcadio R. Zepeda, Manuel Gutiérrez Zamora y Emeterio de la Garza (jr), quien entre otros conceptos llenos de verdad y de justicia para el héroe, dijo las siguientes conmovedoras frases:

"Que sepa España y con ella el mundo entero que si luchamos contra el español cuando quiso doblegar una cerviz tan altiva y sana que no sabe aún inclinarse, en cambio tenemos un recuerdo cariñoso en la figura de Frim; y que el pueblo mexicano los reconozca como á sus hijos, los proclama como á sus héroes y el pabellón nacional los cubre hasta en su tumba, cuando se llaman Régules."

"Tu valor y tu patriotismo nos admiran, porque lo narraría orgullosa en páginas de oro la historia de Grecia, porque recuerda al espartano, cuando sereno, sin dudas ni vacilaciones, con el corazón nacido para el heroísmo, sacrificaba á la familia por la patria."

"Tu honradez nos admira porque en la adversidad, en el choque de los intereses contrarios, en la infatigable lucha por la existencia; entre las debilidades del mundo, las clases cobardes desfallecen; tú cruzaste como el plumaje del poeta, sin mancharte. Tu virtud nos admira, porque ofreciste tu vida en el altar de la Patria, sin interes, sin pretensión, —tu grandeza no te embriagó— y concluida la lucha volviste al hogar sin ambiciones. Tu historia nos admira, porque en España como en México, en todas partes, si encontrabas la causa justa, la causa santa, eras su partidario, su defensor; tu alma era de la humanidad, estaba enamorada de la idea."

La prensa toda, aun la conservadora, no pudo menos que reconocer los excepcionales méritos del ilustre muerto, y dedicó sentidos artículos á su memoria. Algunos de esos artículos contuvieron, es cierto, inexactitudes, como el de un periódico moderado que asentó había servido Régules en España al lado de los carlistas, cosa que no es exacta;

pero todos á porfía se esmeraron en tributar elogios á su intachable conducta y un diario gobiernista decía de él lo siguiente: "La Nación ha perdido un hijo adoptivo á quien amaba como si hubiera sido concebido en sus entrañas, y á la que él consagró su amor, su vida y su sangre como si fuere su propia patria. El General Régules tenfa el valor de Bayardo, el Caballero sin miedo y sin tacha, y las heroicidades de Guzmán el Bueno"....

"Siempre estuvo del lado del derecho y del honor, su espada la esgrimió siempre en defensa de la justicia, y su vida fué consagrada á la verdad de los principios liberales que defendió sin vacilar hasta su muerte".

En Régules como en muchos hombres superiores contribuyó enormemente á su gloria y á sus hechos la bienhechora sombra de una gran mujer: de su tierna esposa la Señora Soledad Solórzano. No se sabe en efecto quien fué más grande en el memorable episodio de Tacámbaro, si él atacando ó su mujer aguardando impasible la muerte como un holocausto inmenso á su patria y al honor de su esposo; y si no temiéramos equivocarnos afirmaríamos que si heroico y sublime estuvo Régules más grande todavía, si, más grande, estuvo allí la heroína sacrificando sus hijos y sacrificándose ella con un estoicismo digno de los más preciados héroes de la humanidad entera.

Con razón quería Régules á México; con razón amaba tanto esa tierra feraz y voluptuosa de Michoacán de Ocampo! Cuando se tiene á su lado una india (que así llamaba cariñosamente Régules á su esposa) de la talla de la Sra. Solórzano se es capaz de todo lo bueno y se ama intensamente todo lo noble, todo lo generoso, todo lo grande.

Por lo demás si el recuerdo de ciertos hechos debe quedar perenne para ejemplo de las generaciones subsiguientes, nosotros no vacilaríamos en proponer que Tacámbaro cambie su nombre por el de Ciudad Soledad Solórzano, y que Uruapan se llame en lo de adelante: Uruapan de Régules.

Débil é insignificante tributo sería éste de admiración al patriotismo y de veneración por la virtud, pues que México debe estar orgulloso de sus dos hijos: el natural y el adoptivo. Ambos son dignos de la patria de Hidalgo, de Morelos y de Guerrero, de la República de Juárez, de Zaragoza y de Ocampo, ambos dignos en fin de una República de la libre América.

E. M. DE LOS RIOS.

"Liberales Ilustres Mexicanos"

El Sr. José Guillermo Flores Alatorre.

